

Potemkin ediciones
Núm. 9 octubre-diciembre 2014



**Con un cuento de Miguel Ángel de la Torre
y algunos documentos sobre homofobia**

ÍNDICE

Triálogo del muerto / Agustín Espinosa

El antecesor / Miguel Ángel de la Torre

Mongoles / Nathalie Quintane

Diario de la fraternidad y el rencor / Idalia Morejón

**La mordida del zorro que sabe que escondiéndose mata /
Carlos A. Aguilera**

El llanto de la excavadora / Pier Paolo Pasolini

Barón Corvo: blasfemo y aspirante a Papa / Pietro Citati

**Cursillo de orientación ideológica para García Márquez /
Fernando Vallejo**

Documentos de homofobia

Triálogo del muerto

Agustín Espinosa

Hazaña de sombrero

Un sombrero es una cosa de superior importancia.

Desde un andamio demasiado alto de una casa en obras lo veía caído abajo, en medio de la calle, esperando a pie firme la hora próxima de una cita exacta. Estuvo a punto de perecer varias veces bajo varias ruedas de automóvil. La brisa de la tarde le libertó de una colilla de cigarro que hubiera terminado perforándole el ala. Un escupitajo cayó cerca de él, que le salpicó, aunque sólo de modo muy ligero. El fino zapato de ante de una muchacha rubia le rozó suavemente, y yo vi el sombrero que se estremecía hasta la copa, dolorido de un sexo formado por asociación de úlceras recientes.

Casi oscurecía, cuando apareció en una esquina un hombre destocado. Atravesó con presura la calle, y, al pasar junto al sombrero, se agachó disimuladamente, lo recogió del suelo y se lo ladeó sobre la oreja izquierda. Luego se perdió más abajo, entre la muchedumbre, constituida a aquella hora exclusivamente por oficinistas y obreros recién salidos del trabajo.

Salté hasta el balcón, llamé a mi hermana y salimos juntos, sin que ni una sola palabra se cruzara entre nosotros.

La llevaba de la mano como a niña de seis años, cuando tenía ya más de cuarenta. La aupaba a los tranvías sin grandes esfuerzos; la arrastraba más que acompañarla, porque, a pesar de su obesidad indiscreta, era tan baja que nunca llegó a pesar casi nada.

Caminamos así durante varias horas a través de la ciudad.

Al final de una calle pequeña, pero tan ancha que, a aquella hora sobre todo, tomaba aires provinciales de plaza, estaba la sombrerería que buscaba.

Lo reconocí rápidamente, por su cara de suicida y por una imperceptible quemadura de cigarro junto al lado. Mi hermana se oponía a ponerse aquel sombrero de hombre, alegando que era un sombrero de hombre. Yo traté inútilmente de convencerla de lo arbitrario de una teoría que quería diferenciar sexos ya bien diferenciados. Abusando únicamente de mis fuerzas, logré ponerle el sombrero, que, como le estaba algo estrecho, le congestionaba cruelmente el rostro y le alargaba aún más las arrugas de la frente.

Debí de hacerle mucho daño, porque cuando salimos de la sombrerería lloraba.

Al amanecer era encontrado en una alameda de las afueras el cadáver de una niña de seis años. Llevaba puesto un sombrero de hombre sujeto por un grueso alfiler, que, perforándole ambos parietales, le atravesaba la masa encefálica.

La Nochebuena de Larra

Sentía una ternura que me llevaba a acariciar todas las cosas: lomos de libros, filos de navaja, hocicos de gato, rizos de pubis, prismas de hielo, cucarachas mohosas, lenguas de perro y pieles de marta, gusaneras y bolas de cristal.

Mis manos estaban tocando algo frío y repugnante. Primero las orejas, luego la nariz, después las cejas del cadáver de un hombre como de cincuenta años, escorzado horizontalmente en un gran primer plano de gran "film", que fuera a la vez un gran cuadro. Tenía un ojo medio cerrado, y el otro, vidrioso, desmesuradamente abierto, y una barba de enfermo de una semana. No llevaba puestos zapatos, sino unos calcetines negros, de muy mala clase, rotos por el talón y sobre los dedos. Tenía la cabeza recién afeitada, y cubría únicamente su ya macabra humanidad un abrigo impecable, sin una sola arruga, abrigo de maniquí de escaparate de sastrería, demasiado largo para el muerto, al que sólo dejaba en libertad los pies. El abrigo llevaba cosido aún en un costado un papel donde se leía: "H. G. D., soltero, de cincuenta y tres años, desconocido."

Todo esto, entre dos hileras de cubiertos, sobre el mantel blanco de una mesa de comedor, preparada para una gran cena de Nochebuena. Los mal vestidos pies, rozando la blancura de unos pasteles de coco y la ligera arquitectura de un castillo de hojaldre; una de las manos, de uñas curvas y oscuras, medio sumergida en una fuente de chantilly.

En una mesa próxima había varias botellas de champaña y una flamante cabeza de cerdo, de colmillos largos, que se parecía demasiado a los del difunto.

La posición horizontal alargaba un poco la estatura del cadáver; pero, de todos modos, debía de medir algo más de dos metros.

No sin grandes esfuerzos lo había podido traer hasta allí. Y colocarlo sobre la mesa sin interrumpir demasiado la complicada retórica del banquete. Se trataba ya sólo de separar la cabeza del tronco, y ninguno de los diversos cuchillos de plata cortaba bien. Esto empezaba a angustiarme, con el miedo de tener que invertir más tiempo que el fijado.

Me invadía una ternura que me llevaba a acariciar todas las cosas: picaportes, barandas de escaleras, frutas podridas, relojes de oro, excrementos de enfermo, bombillas eléctricas, sostenes sudorosos, rabos de caballo, axilas peludas y camisitas sangrientas, pezones, copas de cristal, escarabajos y azucenas naturalmente húmedas.

Aunque sólo acariciaba las orejas, los labios, las mejillas de un hombre a quien había asesinado unas horas antes, en su misma habitación, para sustituir su cabeza por una cabeza más clásica; capricho último, de noche de Navidad, de una mujer de pelo rojo y caderas ampulosas. Por quien había llegado hasta el crimen. Y que esperaba, en tanto, voluptuosamente, mi retorno imperioso a su casa, portador de la cena mágica, en la cual habría de ser yo, a la vez, "maitre", matarife y comensal enamorado.

¿Era yo un caballo?

Primero—y no era primero caso—dijiste: —¡Ya estamos solos! (Niña sin conciencia de tu actos más puros.) Estábamos solos, en medio de una plaza inclemente, tú, yo y el cochero de la esquina.

Un pájaro plegó de pronto sus alas, a la mitad precisa de un vuelo, y rodó, muerto, dentro de una alcantarilla destapada, seguido muy de cerca por una colilla de cigarro. Tus manos se doblaron bajo mis piernas descarnadas.

Si el cochero de la esquina te besó varias veces en el cuello y te manoseó los pechos con sus manazas diestras en gobernar riendas más largas, fué por eso sólo. Porque te vio tímida, inatrevida, en medio de la plaza solitaria donde yo era todavía mi estatua; indefensa y con las miradas por los adoquines más anchos.

Cuando, después de una lucha angustiosa con un mármol terriblemente rebelde, pude apearme al fin de la alta tarima adonde crueles heroicidades me llevaran, ya era tarde. Estabas tactando los órganos genitales de un caballo enfermo. Muy blanda aún bajo tu bata de "veterinaria" recién salida de la Escuela.

Inútilmente paseé una y otra vez ante tus ojos mis exactos y complicados disfraces de cabra, de asno, de carnero, de muía, de vaca, de perro y hasta de rinoceronte. Ni balares de cabra tuberculosa, ni lamentos de perro con úlcera de estómago, ni aun quejumbrosos rebuznos de asno apendicítico, ni siquiera relinchos de mula con dolor de costado. Veterinaria de cabecera de aquel pobre caballejo de coche de punto, ya no te habrías de separar más de él.

Una hora más tarde pasó el entierro del cochero de la esquina. Iba el ataúd sobre su mismo coche de punto, tirado por su mujer y su hijo pequeño. Seguían al macabro vehículo siete caballeros enlevitados, portadores de coronas de azucenas en la cabeza. El enlevitado impar precedía a los otros seis y llevaba una bandera española cuyo grueso mástil terminaba en una zapatilla usada.

El médico me leyó un pliego que decía: "Yo, médico titular de este pueblo, certifico que el paciente falleció a consecuencia de una peritonitis producida, al parecer, por coces recibidas de su caballo Agustín."

El notario guardaba en su cartera estas palabras para mi en extremo voluptuosas; "ítem, dejo a la señorita veterinaria mi caballo Agustín, con el compromiso de curarle, en el plazo de dos meses, la reciente blenorragia que padece el dicho animal."

En el sitio donde estaba antes mi estatua había ahora un "bureau" apelillado, cojo de una pata, y un cubo de basura adornado con lirios blancos.

El antecesor

Miguel Ángel de la Torre

Es un personaje casi fantástico para mí. Nunca lo he visto, y solamente por lo que acerca de él he oído, sé de su existencia: primero su nombre, pronunciado muy rara vez en las conversaciones de mis padres cuando por mi edad, poco podía interesarme nada que no estuviera presente o inmediato; y después, con intervalos considerables, algunas alusiones fugaces a su vida singular, hechas por los que la conocieron, siempre con una sonrisa equívoca en los labios. Más tarde, en ocasión de emprender yo un viaje a país extranjero, mi padre me habló algo detenidamente del asunto. Encargándome de buscar el rastro de su paso por los lugares que yo iba a visitar y en los que aseguraba que mi tío había vivido en fecha remota, después de la cual ya no se había recibido otra noticia suya; pero mal pude yo cumplir mi cometido teniendo que seguir las huellas de un hombre en caminos tan transitados como aquéllos. Un día, al fin, supe quién era mi tío y penetré un tanto en el enigma de su vida.

Fue un día en que yo había cometido un pecado de juventud y mi padre me había hablado con el rostro severo y la voz enojada. Mi madre me prodigó, como un suave bálsamo puesto sobre las heridas del cilicio paterno, sus consuelos y consejos. Y en medio de ellos dejó ir contra su voluntad, esta exclamación:

-No te suceda, hijo mío, lo que a tu tío Ricardo.

Entonces recordé yo todas mis dispersas y lejanas noticias sobre aquel antecesor mío, con quien me comparaban. Decían que en lo físico me le parecía.

Cuando empezó a brotarme bozo sobre el labio, un pariente había recordado el bigote de mi tío Ricardo. Una vez, como se hablara de una novia mía, alguien alabó la fortuna que con las mujeres él había tenido. A mi madre le oí en una ocasión decir con tristeza que mi risa le hacía acordarse de la de su hermano. Y ahora veía yo que hasta en sus vicios lo copiaba.

Desde aquel momento el recuerdo de mi tío empezó a torturarme como una obsesión. A veces en la soledad de mi alcoba y en las altas horas de la noche, me despierto pensando en ello y me siento dominado por el horror, por una angustia indefinible. Me parece que el vacío me rodea y que todo esfuerzo que hiciera había de ser inútil, como el de un ave que agitara sus alas dentro de la campana neumática. No me reconozco dueño de mis músculos, de mi voluntad cuyos resortes se me antoja que están a disposición de otro hombre. La fiebre me hace sentir que mi "yo" se ha escapado de dentro de mi cuerpo y que en su lugar se ha instalado un intruso despótico e inflexible que va a gobernar mi persona como un carretero a sus bestias.

Y ese otro ser humano de quien yo no soy sino la sombra, es mi tío. Antes yo me creía autor de mis actos y responsable de ellos, creía que éstos no existían hasta que yo, por impulso de mi voluntad o dictado de mi pensamiento, no los realizaba; y así me proponía no hacer durante mi paso por el mundo sino aquello que me fuera agradable y conveniente. Ahora sé que los sucesos y episodios todos de mi vida están hechos; lo único que yo haré será reconocerlos cuando, infeliz de mí, crea que en realidad los ejecuto. Yo no haré lo que quiera ni dejaré de hacer lo que no quiera. Haré lo que tenga que hacer. Ello será lo que hizo o lo que haría en cada caso mi tío Ricardo. Si él mató, yo mataré. Sería inútil que yo trate de hacer mío el corazón de mi esposa si a él la suya lo traicionó. No debo aspirar al aprecio de mis semejantes si mi tío Ricardo no gozó la dicha de tener amigos, esa prolongación de la familia en que se amparan lo que no la poseen. ¿No soy yo otro él? ¿No conquistarán los mismos amores y no se atraerán los mismos odios que sus bigotes y sus risas conquistaron y se atrajeron, mis bigotes y mis risas, idénticos a los suyos? ¿No me llevarán por los mismos accidentados caminos que a él le llevaron las malas pasiones que de él heredé? ¿Si siempre iguales causas han de producir idénticos efectos, mi idiosincrasia, gemela de la suya en su choque con la realidad que la rodea, no ha de producir los mismos fenómenos que la suya produjo?

¡Ah, sí! Yo soy un pasajero que viaja en un tren sin maquinista. Ese tren es mi vida, y corre, por los mismos rieles por los que antes que el mío corrió el de mi tío Ricardo. Ignoro, como él ignoró hasta el día que su tren se detuvo, a qué estación voy a parar.

Y siendo así. ¡Dios mío! ¿Con qué justicia me castigarán los jueces si yo un día desgarrara las entrañas de un niño o me execrarían los hombres si yo vendiera vilmente a mi patria? ¿Tendría yo derecho a reclamar para mi nombre la gloria que una obra de mi cerebro o de mi corazón conquistara entre los hombres?

¡Ese antecesor mío de que yo soy la copia y el eco! Su existencia ¿con qué acontecimiento se irá tejiendo fuera del alcance de mis ojos? ¿Cabrán en ella los propósitos que yo me había hecho cuando creía timonear mi vida, para el futuro? ¿Vio él morir, o vio triunfar mis esperanzas, mis ilusiones, mis ensueños, que seguramente fueron un día sus ensueños y sus esperanzas también? ¿Dónde estará a estas horas? ¿Habrá ya muerto? ¿Cuáles circunstancias, acaso horribles, habrán rodeado su última hora? ¿En qué lejano lecho habrá sido? ¿Qué suprema visión del mundo se habrá llevado al infinito?

¡Si al menos yo supiera esto yo estaría más tranquilo! No me levantaré del lecho cada mañana pensando, entre crispaciones nerviosas, si a la noche reposaré en él o en el de una prisión. No me horrorizaría la proximidad de mis hijos, de los que a veces siento intentos de huir, para alejar la posibilidad de que

un día sea yo mismo su victimario fatal e inexorable! No seguiría, quizás, corriendo tras estas quimeras que hoy amo y para las cuales vivo, confiando en que pueden ser realizadas mañana...

Esto es lo que aparece escrito al final del libro de memorias hallado entre los papeles de un loco, cuando los médicos se dispusieron a examinarlos en busca de datos para el diagnóstico de su enfermedad.

No sabemos con cuál palabra sabia se expresó tal dictamen. El infeliz ocupa actualmente una celda del manicomio y goza entre sus enfermeros estimación de dócil y tranquilo hasta el extremo de ser casi enojosa su atención, porque exige los cuidados de un cuerpo sin nervios o del que hubiese para siempre huido el instinto de conservación dejándolo desanimado e inerte como un harapo.



Mogoles

Nathalie Quintane

Traducción: Octavio Moreno Cabrera

-En el interior de la boca el paladar es cóncavo.

-Además, tienen la "tara Gengis Khan" en las manos, es decir que tienen el dedo corazón de cada mano un poco torcido hacia el exterior, en dirección al meñique.

-Verificamos en su boca que estamos nordestados al oeste.

-Puedo verificar por mí mismo el origen mogol o no de mis ancestros.

-Les enseñamos a saludar ampliamente.

-"Un poco torcido" se transforma pronto en curva decidida; enviamos a lápiz unas manos dibujadas cuyo dedo sobresale y gira.

-Al acariciar con el índice el interior de su boca, atroz decepción.

-La pronunciación de una d con un paladar cóncavo no es la misma que con un paladar convexo, señala B., nuestro lingüista.

-Una vez determinada su convexidad, hay que retirar de las bocas la coca que las llena.

-Pues la pronunciación de una d no es la misma: "Con coca en la boca, es otra palabra", dicen los etnólogos prudentes.

-¿De qué significación se carga una frase dicha en la coca?

-¿La palabra "gallina", dicha invariablemente en la coca, tiene un sentido idéntico cuando es pronunciada sin ella?

-¿Qué tipo de sentimiento (qué cualidad) añade al discurso?

-¿A partir de una cierta edad, la coca forma parte del aprendizaje de la lengua?

-¿El que habla sin mascar es considerado un retrasado?

-¿Qué implica la separación entre la acción de mascar y la acción de hablar?

-¿El hecho de mascar la coca hablando conlleva un adormecimiento de la lengua?

-¿La lengua adormecida es menos apta para dar la dirección del otro?

El español no tuvo la paciencia de que el indio acabara su frase

o

falsamente orientado por una media palabra todavía hundida en la hipnosis, tomó la dirección equivocada

y

- "¿Es la India? ¡¿Esto es la India?!": asentían en porciones ralentizadas.

Américo, feliz, degustaba la coca, aunque deploraba los fragmentos de hojas que quedaban encajados entre sus dientes.

Diario de la fraternidad y del rencor

Idalia Morejón

1

“Tuve sueños eróticos con un hombre muy cercano a ti” – dice La Lagarta (risita de víbora nerviosa).

Poquita Cosa no cae en tentación.

La Lagarta corta la llamada.

2

De su relato de turista trotskista al país de Poquita Cosa, La Lagarta insiste en su percepción de que allí todos son bisexuales (risita de víbora enigmática).

Poquita Cosa corta la llamada.

7

Una amistad que se deshace. Ambas arrastran penosamente la negociación de los acuerdos tácitos, del entramado del amor y del odio. Una amistad que demanda salud de la mente y del cuerpo de Poquita Cosa, una amistad que se fortalece con el pie de La Lagarta presionando cautelosamente la espalda de su amiga, con la perfidia de muchas generaciones de mujeres solas engastadas en el hermoso tacón que simbólicamente hunde en su costado mientras finge hacerle un favor, ser humilde, para resguardar su integridad. En esa amistad, bien lo sabe Poquita Cosa, no puede confiar. Ha sido forjada desde su condición de víctima. Una amistad, por tanto, forzada por la culpa, que es la mala conciencia de La Lagarta. La víctima se deja llevar: siempre que abre la boca, *muy autónoma*, recibe un caramelo.

10

Poquita Cosa invita a cenar a La Lagarta. Para los postres, la anfitriona lanza un chiste, un buen chiste, pagada de su ingenio. Lo repite, aguarda unos segundos, La Lagarta no la mira. Lo repite de nuevo, La Lagarta no para de hablar, lo de Poquita Cosa es apenas un balbuceo. Para el café, La Lagarta recupera el chiste que ha fingido no escuchar, ahora mejorado. Para la despedida, Poquita Cosa comprende que nunca estará suficientemente bien entrenada para enfrentar la otredad. A menos que en el delicado gusto de los platos servidos La Lagarta haya experimentado el auténtico sabor de la ciudad letrada.

El ojo por ojo de las toallitas y las tartas

Cada vez que visita a B., La Lagarta trata de justificar por lo menos dos viajes al baño de visitas, el que está al lado del salón comedor. Con el móvil saca fotos, detalles de los veinte conjuntos de toallitas de hilo con puntillas de Holanda que B. guarda en el estante, debajo de lavabo. El color blanco rebosa las puertecitas semiabiertas. Todo un secreto a gritos, todo un linaje que para la Lagarta resulta intolerable.

También saca fotos de los postres que B. prepara, detalles. Poco a poco ha ido llenando las paredes del cuarto con las fotografías, parece una asesina en serie en plena euforia criminal. Marca con plumón negro los conjuntos de toallitas más hermosos para su gusto, rasga las imágenes de los dulces sin azúcar, con los que B. ha demostrado en los últimos años lo sofisticada que puede ser en la cocina.

La Lagarta se incomoda profundamente. Compite con frenesí en todos los frentes, pero en el corre-corre de la propia existencia nunca llega a la meta. Amarga la dulzura de B. con carcajadas chillonas, tan altas que hacen temblar el merengue sin azúcar, mientras reclama por tener que curvarse para alcanzar un nuevo juego de toallitas blancas sobre las que deja marcas de rouge, sólo para transmitirle a su anfitriona que ella también sabe hacer uso de la alta sociedad.

Proyección local del odio

Poquita Cosa viene de ser psicológicamente maltratada por sí misma, lo último que quiere ver a esta hora es un asesinato.

Frente a ella va el hombre, un gordito que acaba de adelantársele. Solo consigue verlo de espaldas. Camina rápido con un hachita de carnicero en la mano. La blande con furia. Grita, casi corre, agitado. Su espalda se estremece.

Más adelante se autodibuja, como por líneas de puntos, La Lagarta. Gorda, despeluzada, barre la acera en bata de casa. Se detiene, mira al hombrecito que se le encima, incapaz de esquivar el golpe.

Poquita Cosa da la vuelta y retrocede, no quiere ver sangre. Dobla apresuradamente la esquina. Piensa que si no termina de ver el crimen tampoco será testigo. Cuando llega al apartamento la está esperando un oficial de la policía, que enseguida le hace firmar una orden de arresto y es conducida a la estación.

La mordida del zorro que sabe que escondiéndose te mata¹

Carlos A. Aguilera

Lo primero que habría que dejar en claro es el papel que en toda esta historia jugó mi enfermedad. O mejor, el accidente que la desembocó.

Mi padre, a pesar de no ser descendiente directo de Gran Oblómov, era uno de esos que aman la caza. La caza del zorro en otoño y la caza del pato blanco en primavera. Estos dos, sin excepción, eran sus predilectos. Siempre decía que la piel del zorro antes de ser curtida había que dejarla “morir”. Desangrarla. De lo contrario, el zorro puede reencarnarse y regresar. Y si un zorro regresa entonces sí ya nadie podrá respirar tranquilo, decía. La maldición del zorro es como el hilo de una araña, decía, se te enreda alrededor de la cabeza hasta que ya no ves nada y asfixia. La maldición del zorro oscurece todo, decía, poniendo los ojos como platos.

No sé si ustedes lo saben, pero la caza es una ciencia.

El culatazo en el hombro y el olor a pólvora en la lengua después que la escopeta de dos cañones se acciona, forma parte de ese saber, ese instante a solas con uno mismo. ¿No es acaso una reflexión sobre el estar-aquí ese permanecer horas y horas siguiendo las huellas de un animal que al final no sabemos si nos está embromando y lo mismo se escabulle en una dirección u otra, sin dirección fija?

¿Acaso no hay más belleza en una escopeta de cañones recortados con enchapado de nácar y emblemas de guerra que en todos los libros que bajo “amenaza de castigo” sacábamos de la biblioteca del Internado y en verdad devolvíamos sin leer? ¿Una de esas calibre 16, por ejemplo, que bien engrasada sólo es posible escucharle el muelle cuando bien pegada al *tympanum* se acciona a escasos metros del zorro y, los árboles, el cielo, la piel rojiza y áspera, el hocico se funden en figurita de museo junto al animalejo muerto cuando ya éste, por así decir, ha sido alcanzado por un bolín de plomo y ostenta el honor de un hilillo de sangre que le parte en dos la lengua en el mismo momento en que cuán gusano gordo la baba (esa baba rojiza y poco benéfica que singulariza tanto a los zorros) cuelga aún húmeda sobre el pasto y el verde no tan verde de un otoño que muchas veces es más frío de lo que esperamos?

Entonces, una ciencia, una filosofía, un *ethos*.

Un *ethos* que hay que cultivar bien pegado al pasto y sin moverse en lo que los perros hacen lo suyo. No será la primera vez que por una pista falsa: pista falsa, nerviosismo, urgencia fisiológica, distracción..., en vez de la cola del zorro sólo entrevemos un nido de ratas que por estar en cría casi devoran a los perros con

¹ Fragmento de la novela *El imperio Oblómov*, recientemente editada por Renacimiento, España.

collar y todo.

No hubiera contado todo esto si en verdad no estuviese íntimamente ligado a mi enfermedad. Y ¿qué tipo de enfermedad será esta para que yo, el peor de los Oblómov, como me llamaba mi padre cada vez que se enojaba, la mezcle a la pasión paterna por la caza y a la pasión materna por la industria de la piel y los cristos chorreantes de sangre y crucificados?

Aunque la caza sea una filosofía, como ya he expuesto, todo su saber para mí se concentra en la escopeta, en los tipos de plomo, en el hecho de si el cañón ha sido recortado o no, en los escudos que los buenos balines siempre muestran a modo de certificado de autenticidad y a veces responden al de los clubes de Transilvania, a los de la liga de cazadores de Baja Sajonia, al águila con tres barras del río Oder o, los más antiguos, al imperio austrohúngaro. Balines ensamblados en la misma Pest o en Viena —se cuenta que incluso debían brillar tanto como la calva del emperador—, y por su peso, olor, filigrana y redondez casi pueden distinguirse de la rudeza innecesaria de los otros.

De más está decir que éstos hace mucho ya no se fabrican y sin duda ninguna merecerían un lugar destacado entre la porcelana de Meissen y las estatuas de Francisco José. Estatuas que junto al aceite parduzco de calabaza y el antisemitismo representa el gran orgullo de la Estiria. Un honor que, por supuesto, aún los plomos no han alcanzado.

Pero la historia de las escopetas, de las que teníamos una gran colección colgada por toda la casa, de la misma manera que otros poseen retratos de antepasados o cabezas de animales con cuernos (aunque para ser sinceros, nosotros también teníamos de estos dos últimos, y en abundancia), y la de los cartuchos, con sus escudos minúsculos y su orgullo de museo fuera aquí totalmente anodina si no fuese precisamente por mi enfermedad.

La enfermedad única del ojo único.

La enfermedad-hueco.

Ya que la pérdida de un ojo: el ojo que apunta, el ojo que adivina y se cierra y abre, el ojo que observa escurrirse a los zorros en otra dirección e incluso sirve para escudriñar a través de un aparato de laboratorio insectos pequeños y aún semivivos, el ojo que veía el movimiento de los dos grandes pedazos de carne que antes de montar su número de ballet la marmota del Internado se ajustaba con un movimiento decidido y patético como si una ligera inclinación de su, imagino, sin par y monstruoso sujetador fuera a darle más ligereza o gallardía..., es la constatación en vida de un hueco. Un hueco que se llenará de pus cada mañana y ninguna prótesis de cristal, y la mía por razones que sólo yo conozco era color azufre con un iris blanco, podrá detener nunca.

Un hueco lleno de pus en el rostro que a muchos llenará de asco y a otros de curiosidad. Un hueco en el rostro hecho a causa de mi pasión visceral por las escopetas.

¿Qué cómo fue esto? Lo mismo preguntó mi padre, en lo que corría junto a otros dos cazadores hacia donde yacía Oblómov el Pequeño —así me llamaban a veces— y lo conducía en una carreta de transportar estiércol hasta el gran portón de nuestra casa.

Pero, pero, pero, ¿cómo fue esto? Fue en cambio la variante que con cierto tartamudeo escogió mi madre, en lo que se llevaba las manos a la cabeza y dejaba de escaldar, como sólo ella sabía hacerlo: siempre en la misma dirección y hacia abajo, una piel aún no curtida de un zorrillo cazado días antes. Piel que le serviría para armarse con la ayuda de tenazas y martillos de carpintero un par de nuevos zapatos y que ella, con su ojito de experta en novelones sentimentales, había definido ya como una piel exacta y no gruesa. Una piel ideal para cubrir en verano sus “minúsculos” pies.

En fin, sencillo...

Un pequeño error. Un milimétrico error. Y la Heeren mal aceitada (pero esto en ese momento yo no podía saberlo) se encasquilló, y en vez de llenar con su plomo la parábola de sesenta metros que se abría entre el pelaje rojizo de un zorro con colmillos y baba amenazante y la posición del a partir de ese momento llamado con sorna Oblómov el Tuerto, al que siempre la suerte había ayudado, aunque ahora se encontrase desfallecido sobre un banco de madera con un paño en forma de émbolo encajado en el flanco derecho, reculó y explotó en sus manos, quemándole parte de la cara (de la que no han quedado demasiadas huellas) pero haciéndole perder el ojo que intempestivamente ya usaba para medir, construir, delimitar, trastocar y exaltar su posición en el mundo.

Es decir, unas cuantas gotas de aceite de menos, unos cuantos zorros de más, y la vida de “el peor de los Oblómov” cambió.

No voy a abrumarlos ahora con la cantidad de cábalas que en el Este se levantan cada vez que una desgracia, un asesinato o un arranque de locura golpea aquí o allá. Muchos llegaron a recomendarle incluso a mi padre que enterrase todas sus escopetas lo más lejos posible. ¡Y teníamos más de ochenta! Las más bellas heredadas ya de mi bisabuelo, el Gran Oblómov, como mi madre lo reverenciaba pronunciando con voz engolada su nombre cada vez que quitaba el polvo y estiraba delante de nosotros su genealogía: “filósofo” que, como ya dijimos, sólo se movió del sofá, en años, para ir de caza los domingos (un domingo sí un domingo no) y para dos veces por semana arrastrarse hasta la cama más bien estrecha de su mujer, mi bisabuela, y sembrarle entre riñón y riñón un nuevo hijo.

Otros hablaron de la maldición del zorro.

El zorro-medusa gritaban. Hay que matarlos pero no mirarle a los ojos, ya que el veneno entra por los ojos y carcome. Y no sólo roe tus órganos, sentenciaban, sino los de tu mujer, los del pequeño Oblómov, los de las vacas que sordamente muelen su pasto en el corral, el de los antepasados. Como si los antepasados no estuvieran ya desde hace mucho a dos metros bajo tierra y de ellos salvo alguna anécdota o souvenir (las Borovnik grabadas de mi bisabuelo, por ejemplo), se conservase otra cosa.

Y para las gentuzas del Este esto era exactamente lo que había sucedido.

La maldición del zorro se había encaracolado en una de las escopetas y había esperado el momento oportuno para morder. Que la maldición del zorro necesita carne, gritaron. Ojos, gritaron, para a su vez poder escudriñar todo y proseguir su camino. ¿No es precisamente la ausencia-del-ojo-que-mira lo primero que nos llama la atención en un velatorio, la ausencia del ojo vivo?

Así es como empezaron a distinguir a Oblómov con el sobrenombre de Oblómov el Tuerto, Oblómov Satanás, Oblómov Polifemo, Oblómov Ojito de Serpiente, Oblómov el Hueco, y así fue como “el peor de todos los Oblómov”, me llamó un día mi padre delante de nuestro médico de cabecera, un judío de zapatos puntiagudos y levita gris con un termómetro gigante que cambiaba de mano en mano pensativo, empezó a sopesar la idea de la torre.

Una torre donde Oblómov aprendería a convertirse en un verdadero Oblómov y otros aprenderían a separar lo Oblómov de lo no-Oblómov, lo que más vale de lo que menos brilla. Una torre que primero sería torre y después imperio.

Que ¿si la pérdida del ojo me llenó de angustia?

Oblómov es alguien que sabe hacer cuentas y seguir adelante, como ustedes ya habrán notado. La ausencia de un ojo nunca amedrentará a un Oblómov de escopeta al hombro y sangre en las manos. La verdadera enfermedad para la familia Oblómov nunca será en sí misma la pérdida de un ojo o el fallo de cualquier órgano corporal.

Un dolorcito.

La verdadera enfermedad para un Oblómov tiene que ver con la burla, con el no reconocimiento de la diferencia, la ignorancia y la ausencia de paladar ante lo que sólo puede ser tratado de otra manera, con los prejuicios. Un ojo es sólo un ojo. Y hasta donde parece nadie ha encontrado nunca en la pérdida de un ojo un problema, y “el peor de los Oblómov” no será el primero.

La verdadera enfermedad es lo que empieza a partir de este momento. Y contra esto es que la familia, los cazadores, la profesora de Patria y Civismo y hasta su marido, el Maquinista, siempre tan encajado en su propio mundo como si de un traje hecho a la medida se tratase, tuvieron que precaverse.

La verdadera enfermedad comenzaba con la pérdida de mi ojo. Pero nadie sabía dónde terminaba. Ni dónde ni cuándo ni cómo. Ni siquiera Gran Oblómov, que de buen grado habría resucitado para sólo responder a esta pregunta y de paso arracimarle otro hijo a la bisabuela si ésta aún estuviese en condiciones...

Ni siquiera él.

Entonces, y aquí se concentraban todas las dudas de nuestro querido Oblómov, ¿podemos llamar enfermedad a eso que sucede después de un accidente? ¿No viene a resultar a priori contradictorio hablar de enfermedad cuando quizá todo lo sucedido no ha sido más que un golpe casual, uno de esos golpes que desvían tu vida, la despiezan, la retuercen, la hacen sufrir de manera ratonil todo el tiempo pero, pensándolo bien, no poseen ningún extra, no nos permite levantar siquiera un odio hacia el mundo?

No. Como de seguro todos hemos vivido, las casualidades no existen. Y la enfermedad es siempre lo nuevo, el punto visible donde una obsesión empieza a tornarse dura y se descompone; lo no-visto. Y la pérdida de mi ojo más el accidente más las escopetas más los zorros fueron en conjunto lo no-visto, lo que había sucedido nunca en el Este y lo que estoy seguro nadie querrá más se repita. Y por esa razón fue que todos empezaron de manera casi obsesiva a lanzar conjuros, a prevenir.

Prevención que en sí no significa nada, pero que a corta distancia puede ayudar a que ese algo (inexacto, inactual, inabordable y raquíptico) de una vez por todas suceda. Tal como comprendió de inmediato el Este, al empezar a moverse bajo mi propio designio. Y tal como comprendió de inmediato uno de aquellos cazadores al transportarme de vuelta a casa junto a mi padre, con un pañuelo embarrado de sangre en el ojo y una tira negra ajustada alrededor de la cabeza y decir: la mordida de lo enfermo.

Y tenía razón, la mordida de lo enfermo. Como quedó demostrado a partir de este momento y en lo sucesivo, cuando ya nadie apostaba nada por su propia vida ni por ninguna de sus posesiones.

La mordida del zorro que sabe que escondiéndose te mata, como dijo *mamushka* al desmontar una de aquellas *doscañones* de nuestra colección y empezar a disparar al aire, enloquecida, con las venas de los ojos a punto de explotarle.

La mordida del zorro que sabe que donde quiera se esconda va a encontrar su fin, como apostilló mi padre quitándole aquella escopeta de las manos y colgándola de nuevo.

¿No era ya en sí mismo un triunfo saber que nuestra colección de escopetas podría andar por toda la casa y con ella, un día, le daríamos caza al zorro, a todos los zorros que incluso huyeran del Este para engañarnos y así intentar arrancarnos los ojos de nuevo?

Pues eso. Eso fue lo que con mi accidente todos en casa supimos.

Y eso fue lo que sin querer trazó una línea de vida delante de nosotros. Una línea chiquitica, gorda, pespunteada e intensa.

Lo demás sería seguir entrenando, pensar en los movimientos del zorro, evitar la sorpresa, apuntar.

Pero para evitar la sorpresa aún hay tiempo.

Mucho.

Así que concentrémonos en cómo confeccionar una escopeta sólo apta para "ojos izquierdos", ya que mi ojo derecho se había ido, y continuemos. Ya verán ustedes que cuando todos los zorros estén muertos, nadie preguntará más si matar es un arte lícito o no.



El llanto de la excavadora

Pier Paolo Pasolini

Traducción: Pedro Marqués de Armas

I

Solo el amar, solo el conocer
cuenta, no el haber amado,
no el haber conocido. Angustia

vivir de un amor acabado.
El alma no crece más.
Aquí en el encantado calor

de la noche que plena acá abajo
entre las curvas del río y las aturcidas
visiones de la ciudad regada de luces

resuena todavía con mil vidas,
desamor, misterio y miseria
de los sentidos, haciéndome enemigas

las formas del mundo que hasta ayer
eran mi razón de existir.
Aburrido, cansado, regresar a casa

por negras plazuelas de mercados,
tristes calles junto al puerto fluvial,
entre barracas y almacenes que alcanzan

los últimos prados. Allí el silencio
es mortal, pero abajo, en avenida Marconi,
en la estación de Trastevere, la noche resulta

todavía dulce. A sus distritos,
a sus suburbios regresan, en motos,
de overol o en pantalones de trabajo,

mas impulsados por un festivo ardor,
los jóvenes con sus compañeros en los sillines,
riendo, sucios. Los últimos clientes

charlan de pie en voz alta, en la noche,
aquí y allá, en las mesas de los locales
aún luminosos y semivacíos.

Estupenda y mísera ciudad,
que me enseñaste eso que los hombres,
alegres y feroces, aprenden de niños,

las pequeñas cosas en las que se descubre
en paz, la grandeza de la vida, como el andar
firmes y presurosos entre el gentío

de las calles, dirigirse a otro hombre
sin temblar, no avergonzarse
de mirar el dinero contado

con dedos perezosos por el dependiente
que suda a la carrera ante las fachadas
con su eterno color de verano;

a defenderme, a ofender, a tener
el mundo delante de los ojos
y no solamente en el corazón,

a comprender que pocos conocen
las pasiones en las que he vivido,
que no me son fraternos, pero

sí hermanos en el poseer pasiones
de hombres que alegres,
inconscientes, enteros

viven de experiencias
para mí ignotas. Estupenda y mísera
ciudad, que me obligaste

a experimentar aquella vida
desconocida, hasta hacerme descubrir
eso que era, en cada uno, el mundo.

Una luna moribunda en el silencio,
que de sí misma vive, palidece entre ardores
violentos, que miserablemente sobre la tierra

muda de vida, con bellas avenidas,
viejas callejuelas, sin dar luz deslumbra,
y refleja en todo el mundo,

allá arriba, un poco de las cálidas nubes.
Es la noche más bella del verano.

Trastevere, con un olor de paja

de viejos establos, de vaciadas
hosterías, todavía no duerme.
Las esquinas oscuras, las plácidas paredes

resuenan con encantados rumores.
Hombres y muchachos regresan a casa
-ya solos bajo festones de luces-

hacia sus callejones atestados de oscuridad
y basura, con ese paso blando
que invadía más el alma

cuando verdaderamente amaba, cuando
verdaderamente quería comprender.
Y, como entonces, desaparecen cantando.

II

Pobre como un gato del Coliseo,
vivía en una barriada todo cal
y polvareda, lejos de la ciudad

y del campo, apretujado cada día
en un autobús agonizante,
y cada ida, cada vuelta,

era un calvario de sudor y de ansias.
Largas caminatas en la cálida calígene,
largos crepúsculos ante los papeles

amontonados en la mesa, entre calles
fangosas, muritos y casitas bañadas de cal,
desbaratadas, con cortinas por puertas...

Pasan el aceitunero, el traperero,
viniendo de cualquier otra barriada,
con la polvorienta mercancía que parecía

fruto de un robo, y la cara cruel
de jóvenes avejentados entre los vicios
de quien tiene una madre dura y hambrienta.

Renovado por el nuevo mundo, libre,

-una llamarada, un aliento
que no sé expresar- daba a la realidad

humilde y sucia, confusa e inmensa,
hormigueante en la periferia meridional,
un sentido de serena piedad.

Un alma en mí, que no solo era mía,
una pequeña alma en aquel mundo
sin confines, crecía, nutrida de la alegría

de quien amaba aun sin ser amado.
Y todo se iluminaba de este amor.
Quizás de muchacho, heroicamente,

pero madurado en esa experiencia
que nacía a los pies de la historia.
Estaba al centro del mundo, en aquel mundo

de barriadas tristes, beduinas,
de praderas amarillas arrasadas
por un viento siempre brutal,

viniera del cálido mar de Fiumicino,
o de la tierra, donde se perdía
la ciudad entre tugurios; en aquel mundo

que solamente podía dominar,
cuadrado espectro amarillento
en la calima amarillenta,

agujerada por mil filas iguales
de ventanas enrejadas, la Penitenciaría
entre viejos campos y casuchas dormidas.

Los papeluchos y el polvo que ciego
el vientecillo arrastraba de aquí para allá,
las pobres voces sin eco

de mujercitas llegadas de los montes
Sabini, del Adriático, y aquí
acampadas ya con montones

de depauperados y rudos chiquillos,
escandalosos, en raídas camisetas,
en grises, quemados calzoncillos,

los soles africanos, las lluvias agitadas
que convertían en torrentes de fango
los caminos, los autobuses del paradero

atascados en un ángulo
entre una última franja de hierba blanca
y algún áspero, ardiente vertedero...

era el centro del mundo, tal como
mi amor por todo eso estaba al centro
de la historia, y en esta madurez

que por ser naciente
era todavía amor, todo estaba
por aclararse -¡estaba

claro! Aquel barrio desnudo al viento,
no romano, no meridional,
no obrero, era la vida

en su luz más actual:
vida, y luz de la vida, plena
en el caos todavía no proletario,

como la quiere el burdo periódico
de la célula, el último
revuelo de la prensa: hueso

de la existencia cotidiana,
pura, para ser incluso demasiado
próxima, absoluta para ser

incluso demasiado míseramente humana.

III

Y regresar ahora a casa, rico de aquellos años,
tan nuevos, que nunca hubiera pensado
considerarlos viejos en un alma

ya lejana de ellos, como todo pasado.
Subo por las avenidas de Gianicolo, me paro
en un cruce *liberty*, en un extenso arbolado,

en un trozo de muralla -ya al final
de la ciudad y de la llanura ondulada
que se abre al mar. Y me renace

en el alma -inerte y oscura
como la noche abandonada al perfume-
una simiente ya demasiado madura

como para dar fruto en el culmen
de una vida áspera y cansada...
He aquí Villa Pamphili

y en la luz que reverbera tranquila
sobre nuevos muros, la calle donde vivo.
Cerca de mi casa, sobre un hierbazal

reducido a oscura viscosidad,
un rastro sobre las zanjas recién excavadas
en la roca -caída toda rabia

de destrucción - trepa los escasos edificios
y pedazos de cielo, inanimada,
una excavadora...

¿Qué pena me invade frente a estas
herramientas serviles, esparcidas en el fango,
delante de este rojo cañamazo

que pende de un caballete, en la esquina
donde la noche parece más triste?
¿Por qué mi conciencia resiste tan ciegamente

a esta apagada tinta de sangre, y se oculta,
dominada por un obsesivo remordimiento
que la entristece toda?

¿Por qué hay dentro de mí esa sensación
de jornadas para siempre incumplidas,
semejantes al muerto firmamento
donde palidece esta excavadora?

Me desnudo en uno de los miles de cuartos
donde se duerme en la calle Fonteiana.
En todos puedes excavar, tiempo: esperanzas

pasiones... Pero no sobre estas formas

puras de la vida... Se reduce a ellas
el hombre cuando se colman

la experiencia y la confianza
en el mundo... ¡Ah, días de Rebibbia,
que creí perdidos en una luz

imperiosa, y que ahora sé tan libres!

Con el corazón, entonces, por los difíciles
asuntos que le habían extraviado
el curso hacia un destino humano,

ganando en ardor la claridad
negada, y en ingenuidad
el negado equilibrio -a la claridad,

al equilibrio también llegaba,
en aquellos días, la mente. Y el ciego
lamento, signo de toda mi lucha

con el mundo, lo rechazaban adultas
si bien inexpertas ideologías...
Se volvía el mundo tema

ya no de misterio sino de historia.
Se multiplicaba por mil el goce
de conocerlo, como lo conoce

humildemente cada hombre.
Marx o Gobetti, Gramsci o Croce,
estaban vivos en las vivas experiencias.

Cambió la materia de un decenio de oscura
vocación, mientras me gastaba en aclarar
aquello que parecía ser la figura ideal

de una generación ideal;
en cada página, en cada línea
que escribía, en el exilio de Rebibbia,

había aquel fervor, aquella presunción,
aquella gratitud. Nuevo
en mi nueva condición

de viejo trabajo y de vieja miseria

los pocos amigos que venían a verme,
en las mañanas o en las noches

olvidadas de la Penitenciaría,
me vieron dentro de una luz viva:
sereno y violento revolucionario

en el corazón y en la lengua. Un hombre florecía.

IV

Me estruja contra su áspera pelambre,
que huele a bosque, y me mete
el hocico con colmillos de verraco

¡oh errante oso de aliento de rosa!
en la boca; y en torno a mí el cuarto
es un descampado y la colcha gastada

por los últimos sudores juveniles
danza como un velamen de polen...
De hecho, camino por una calle que avanza

entre los primeros prados primaverales,
difuminados en una luz de paraíso...
Trasportado por el ritmo de los pasos,

eso que dejo a la espalda, leve y mísero,
no es la periferia de Roma: "¡Viva México!",
está escrito con cal o grabado

en las ruinas de templos, en muritos y recodos
decrépitos, livianos como hueso, en los confines
de un cielo ardiente y sin escalofríos.

Y he allí, por encima de una colina,
entre las ondulaciones de una vieja cadena
apenínica, mezclada con las nubes,

la ciudad medio vacía, incluso a esa hora
de la mañana cuando las mujeres
van de compra -o del atardecer que dora

a los niños que corren con las madres
fuera de los patios de escuela.

Un gran silencio invade las calles:

se sueltan los adoquines, apenas adheridos,
viejos como el tiempo, grises como el
tiempo, y dos largos listones de piedra

corren a través de las calles, lúcidas y apagadas.
Alguien se mueve en aquel silencio:
alguna vieja, algún muchacho

perdido en sus juegos, allí donde
los portales de un dulce Cinquecento
se abren serenos, o una poceta

con bestezuelas taraceadas en los bordes
se posa sobre la pobre hierba,
en cualquier esquina o cuarto olvidado.

Se abre sobre la cresta de la colina
la yerma plaza del ayuntamiento, y entre casa
y casa, y más allá de un muro y del verde

de un enorme castaño, se descubre
el espacio del valle; pero no el valle.
Un espacio tembloroso y celeste,

apenas cerúleo... Pero el Corso continúa
más allá de la plazoleta familiar
suspendida en el cielo apenínico

y se interna entre casas más endebles,
bajando casi a media cuesta. Y más abajo,
cuando las casuchas barrocas escasean,

aparece allí el valle -y el desierto.
Unos pocos pasos hacia el recodo
y ya la calle rueda inexorable

entre desnudos campos, tortuosos
y erizados. A la izquierda, contra la pendiente,
igual que si se hubiera derrumbado la iglesia,

se alza repleto de frescos rojos,
azules, un ábside, restos de volutas
entre las cicatrices canceladas

del derrumbe –del que solamente ella,
la inmensa concha, quedó en pie
abriéndose toda contra el cielo.

Es allí, más allá del valle, del desierto,
que empieza a soplar un aire leve, desesperado,
que incendia la piel de dulzura...

Es como aquellos olores que desde los campos
recién mojados, o desde las orillas de un río,
soplan sobre la ciudad en los primeros

días del buen tiempo: y tú
no los reconoces, y casi enloquecido
de pena, intentas comprender si son

los de un fuego encendido sobre el relente,
o bien de uvas y nísperos perdidos
en algún granero templado

al sol de la estupenda mañana.
Yo grito de placer, tan herido
en el fondo de los pulmones por aquel aire

que como una tibieza o una luz
respiro mirando el inmenso valle

V

Un poco de paz basta para revelar
dentro del corazón la angustia,
límpida como el fondo del mar

en un día de sol. En eso reconoces
sin probarlo, el mal
allí, en tu lecho, pecho, muslos

y pies abandonados, como
un crucifijo, o cual Noé
borracho, soñando, ingenuamente ajeno

a la alegría de los hijos que sobre él,
fuertes y puros, se divierten...
El día ya está sobre ti,

en el cuarto, como un león dormido.

¿Por qué caminos el corazón se encuentra
pleno, perfecto incluso en esta
mezcolanza de beatitud y dolor?

Un poco de paz... Y lo que despierta en ti
es la guerra, es Dios. Apenas se distienden
las pasiones, se cierra la fresca

herida, y te pones ya a gastar
el alma, que parecía del todo agotada,
en acciones de sueños que no aportan

nada.. Y he aquí que encendido
por la esperanza -viejo león
maloliente de vodka, Kruschev

impreca al mundo por su ofendida Rusia-
de pronto te das cuenta que sueñas.
Parece incendiar en el feliz agosto

de paz, todas tus pasiones, todo
tu interior tormento,
toda tu ingenua vergüenza

de no estar -sentimentalmente-
en el punto donde el mundo se renueva.
Al contrario, aquel nuevo soplo de viento

te echa atrás, donde todo viento
cae; y allí, tumor
que se recrea, reencuentras

el viejo crisol del amor,
el sentido, el espanto, el placer.
Y justo en aquel sopor

está la luz... en aquella inconsciencia
de infante, de animal o ingenuo libertino,
está la pureza... los más heroicos

furores de aquella fuga, el más divino
sentimiento en aquel grosero acto humano
consumado en el sueño matutino.

VI

En la hoguera abandonada
del sol matutino -que arde, de nuevo,
limando las construcciones, sobre los marcos

recalentados -desesperadas
vibraciones raspan el silencio
que perdidamente sabe de vieja leche,

de plazotelas vacías, de inocencia.
Al menos ya desde las siete, aquel vibrar
crece con el sol. Pobre presencia

de una docena de obreros ancianos
con los harapos y las camisetas ardientes
por el sudor, cuyas raras voces,

en lucha contra los dispersos bloques
de fango y desprendimientos de tierra,
parecen deshacerse en aquel temblor.

Pero entre los obstinados golpes
de la excavadora, que parece ciega,
ciega resquebraja, ciega aferra

como si no hubiese meta,
un grito imprevisto, humano,
nace, y a trechos se repite,

tan loco de dolor que de súbito
ya no parece humano y deviene
muerto clamor. Luego, despacio,

renace, en la luz violenta,
entre los edificios cegados, nuevo, igual,
grito que solo quién está muriendo

puede, en el último instante, arrojar
a este sol que todavía cruel esplende
ya endulzado por un poco de aire de mar...

Está gritando, abrumada
por meses y años de matutinos
sudores -acompañada

por la muda cuadrilla de sus picapedreros,
la vieja excavadora: pero junto al fresco
descampado revuelto, o en el breve

confín del horrisono siglo veinte
se halla la barriada... Es la ciudad,
hundida en un claror de fiesta,

-y es el mundo. Lloro aquello que tiene fin
y recomienza. Aquello que era área herbosa,
espacio abierto, y deviene corral,

blanco como cera,
cerrado en un decoro que es el rencor;
aquello que era casi una vieja fiera

de frescos estucos desnivelados al sol,
y se vuelve nuevo aislamiento, bullente
en un orden que es apagado dolor.

Lloro aquello que muta, incluso
para hacerse mejor. La luz
del futuro no cesa un solo instante

de herirnos; es aquí, que quema
en cada uno de nuestros actos cotidianos,
angustia incluso en la confianza

que nos da vita, en el ímpetu *gobettiano*
hacia estos obreros que alzan, mudos,
en los distritos del otro frente humano,

su rojo trapo de esperanza.

1956



Barón Corvo: blasfemo y aspirante a Papa

Pietro Citati

Traducción: Dolores Labarcena y Pedro Marqués de Armas

Frederick Rolfe, el encantador y monstruoso demonio que amaba presentarse bajo el nombre de Barón Corvo, ejercitaba una grandísima fascinación sobre aquellos que lo conocían. Frecuentaba una familia: por ejemplo, los Pirie-Gordon. Toda la familia se enamoró de él, y por un verano entero estuvo invitado a su casa de campo. Rolfe vestía un esmoquin de terciopelo color topo, que le permitía aparecer como un personaje misterioso y elegante en los almuerzos y en las cenas de los Pirie-Gordon y en las de sus vecinos. Los invitados quedaban impresionadísimos con su personalidad: no tanto por su cultura, que podía ser caprichosa y superficial, como por su intensidad personal que despertaba un vasto enamoramiento interior. “Había en él algo muy atractivo y a la vez algo repelente, pero la atracción predominaba, cuando él quería”, agrega un canónico que lo conoció en aquella ocasión.

Casi siempre la astucia del Barón Corvo era doble: por un lado, fingía la ternura, la multiplicidad, la afectuosidad y el amor por la mentira de un joven de dieciocho años: por otro, ostentaba conocimiento y artes misteriosas como si fuese un demonio oculto en un cuerpo humano, parecido a Fausto o a Don Giovanni. Narraba con gracia aquello que había leído ávidamente en el British Museum o en la biblioteca más recóndita. Todo aquello que tocaba se volvía arcano o sacro: con particular competencia, trazaba horóscopos, precisando incluso cuando sería oportuno realizar un viaje o una especulación. Los nuevos amigos pendían de sus labios. Frederick Rolfe no solo tenía un nombre y un apellido, también un sobrenombre misterioso, inventado por su megalomanía narcisista: “Barón Corvo”, heredado según él, de una noble familia italiana.

Rolfe no se complacía con ser amado y admirado: quería ser mantenido suntuosamente, como un cortesano italiano del Renacimiento o un gentilhomme francés del siglo XVII; solo así sus amigos podían pagarle por el genio que él poseía y ellos no. En este punto, se producía un derrocamiento absoluto. Apenas se sentía amado y homenajeado, Rolfe sostenía, en contra de toda evidencia, haber sido “provocado, difamado, calumniado, malignamente abusado, tergiversado y falsificado”: echando a rodar un gigantesco complejo de persecución, mitad voluntario, mitad inconsciente.

Así nacía, en él, la vocación de ofender: arte en el que se convirtió en supremo maestro. Lleno de un desprecio satánico, se consideraba en guerra contra innumerables enemigos envidiosos de su talento. El complejo de persecución se transformaba en complejo de superioridad: la lengua se afilaba, se volvía cáustica, perversamente concisa, pronta a apresar y deformar las múltiples caras de sus enemigos. Prisionero de la obsesiva psicología que él mismo había construido, podrido miserablemente en sus propias cadenas: la vida se limitaba a lanzar una mirada desde la luneta de su cárcel y pasaba de largo: una coraza de gélida indiferencia o de activo disgusto lo circundaba: ninguno se esforzaba en penetrarlo; y él mismo impedía que nadie lo penetrase.



Según Rolfe, su vida descansaba sobre una triple escena arquetípica: la conversión al catolicismo, ocurrida cuando tenía veintisiete años (en 1886); la admisión en el colegio católico de Oscott, en 1887, como seminarista, del que fue expulsado dos meses después; y la nueva admisión como seminarista en el colegio escocés de Roma, marcada cinco meses más tarde por una nueva expulsión. Cuál fue el motivo preciso de esta expulsión no lo sabemos. En *Desiderio e la ricerca del tutto*, Nicholas Crabbe (la sombra de Rolfe) dice que “fue expulsado de improviso, con toda la carga de maltratos y de indignidad; lo arrojaron fuera, en el corazón de la noche, expuesto a la penuria y al hambre”. Por esto, reitera Rolfe: “Siento un desesperado terror por los católicos: nunca he conocido uno (con una sola excepción) que no fuese un calumniador o un opresor de los pobres o un mentiroso”; “Odio a todos los católicos y no me fío de ellos”.

Rolfe sostenía que la llave fundamental de su vida era la sacra Vocación al sacerdocio. Obedeciendo a esta vocación, proyectaba órdenes monásticas, constituidas, organizadas y consagradas, en las costumbres medievales, al servicio de Dios y en busca de la sapiencia. Pero mentía, aun cuando, probablemente no sabía mentir, pues la mentira habitaba profundamente y se escondía dentro de él.

No poseía ninguna vocación religiosa: en todos sus libros, aun cuando habla el papa, no existe una sola palabra que ofrezca un verdadero acento religioso. No poseía siquiera una vocación diabólica: o, al menos, su profundo instinto demoníaco no logró jamás presentarse al revés, como espíritu religioso de cualquier otra tradición. Rolfe amaba solo una cosa: la recitación religiosa; las gemas del rito católico; los ritos de la Semana Santa, que Nicholas Crabbe saboreaba como los baños en la laguna.

Rolfe tenía un sueño supremo: ponerse las sotanas blancas del papa; y representó su propio deseo en el más famoso (no el más bello) de sus libros: *Adriano VII* (1904: Superbeat, Neri Pozza, traducción de Aldo Camerino), donde George Arthur Rose, el portavoz de Rolfe, se convierte en papa luego de un accidente inverosímil ocurrido durante el Conclave. Entre Rolfe y Rose existía una fisura, a través de la cual Rolfe miraba a su doble con amor, exaltación y desprecio: como si fuese a la vez un santo y una máscara, un actor trágico genial y un canalla. No olvidaremos nunca la voz del papa: la voz proterva y balbuceante, desvergonzada, irreverente, caprichosa, deslumbrante, que da un movimiento teatral al libro. Escondido detrás de la figura de Adriano VII, Rolfe no logra contener su propio goce: mientras escribe el libro, siente ser el papa: vive su libro; y se divierte locamente en hablar y en officiar como un papa, aparecer en el balcón del Vaticano a bendecir a la multitud, encender cigarrillos en el apartamento pontificio, recorrer Roma a pie, promulgar edictos y encíclicas, escribir cartas públicas a los pueblos y a los reyes, con un candor y una megalomanía casi conmovedoras.

En dos lugares, Rolfe se revela: “En verdad, me gustaría amar sin ser amado, pero hasta ahora he estado solo, solitario, y creo que habré de continuar así hasta el fin”. Cuando un sacerdote le pregunta: “Hijo mío, ¿amas a Dios?”, del silencio emana la respuesta: “No lo sé. En verdad no lo sé.” No habla nunca de amor, como le impondría su condición de papa. Habla casi exclusivamente, volublemente, de política exterior, en primer lugar de la pasión revolucionaria que está por abrumar a Rusia, Francia y el mundo civil. Ante la amenaza del socialismo y de la revolución, Adriano VII corre a los refugios. De un lado renuncia al poder temporal de la Iglesia: pero, del otro, se convierte en un Pontífice autocrático, un nuevo y más inflexible Bonifacio VIII, venido a traer orden y jerarquía, y a diseñar una nueva carta geográfica de la tierra. Así, proclama un nuevo imperio romano: con dos emperadores, uno del Norte y uno del Sur, Guglielmo de Prusia e Vittorio Emanuele III de Italia; y considera a este último, no se sabe bien porqué, uno de los “cuatro hombres más inteligentes de la tierra”. Especialmente esta parte suscita en el lector italiano una incontenible hilaridad: pero no debemos olvidar que Rolfe toma el propio libro terriblemente en serio, como testamento político-religioso de la Europa moderna.

En agosto de 1909, Rolfe partió para Venecia junto a R.M. Dawkins, director de la Escuela británica de arqueología de Atenas. Puso todas sus pertenencias y manuscritos en un cesto de lavandería, cerrado con una barra de hierro y un candado; llevaba en el cuello un crucifijo de plata grande y pesado. No tenía dinero: esperaba vivir a costa del amigo arqueólogo. Pero este abandonó Venecia, dejándole algunas libras esterlinas. Rolfe alquiló unas sandalias y aprendió a remar maravillosamente a la veneciana, como si siempre hubiese sido un gondolero.



“Me bañaba tres veces al día –escribió Rolfe– comenzando al alba hasta que el crepúsculo envolvía toda la laguna con llamas de amatista y de topacio. Me levantaba muchas veces en plena noche y me deslizaba silenciosamente en el agua para zambullirme por una hora en la reverberación de una gran luna dorada, o al trémulo palpitante de las estrellas. Imagínate un mundo crepuscular de cielo sin nubes y de mar sereno, un mundo todo hecho de heliotropo, de violeta y de lavanda... Había algo de sacro, algo solemnemente sacro en aquel silencio nocturno que hubiera querido no fuese turbado ni aun por el leve ruido de un remo... Tan indeciblemente bella era la paz de la laguna, que nació en mí el deseo de no hacer nada más que estar sentado absorbiendo mis impresiones, inmóvil”.

Muy pronto todo se precipitó: Rolfe quedó completamente sin dinero: los amigos ingleses le habrían enviado dinero si hubiese regresado a casa; pero se negó a regresar y cubrió de injurias a sus amigos. No quería dejar su paraíso terrenal, aquel paraíso de agua y luz, ahora que finalmente lo había encontrado. Se le veía por doquier con una inmensa pluma estilográfica y con sus extraños manuscritos: empeñaba sus cosas, una tras otra, al Monte di Pietà. En el otoño-invierno de 1909-1910, vivió en el rellano de una escalera de servicio. Más tarde anidó en una isla deshabitada de la laguna, en una barca que hacía aguas, toda cubierta de hierbas y mejillones acumulados en el verano: tan pesada que no lograba casi moverla con los remos. Si se quedaba en medio de la laguna, la barca podía hundirse; y él corría el riesgo de ser devorado vivo por los cangrejos que con la baja marea bullían entre el fango del fondo. Si echaba el ancla hacia la isla, debía permanecer despierto toda la noche, porque en el instante en que

cesaba de moverse, lo asaltaba una banda de ratas nadadoras, que en invierno eran tan voraces que atacaban hasta a los hombres, y les mordían los dedos de los pies.

Se pasaba sin comer hasta seis días seguidos, o con dos panes (de tres céntimos) al día. De vez en cuando lograba que lo aceptasen como gondolero privado. Se hundió en la vileza y en el vicio: corrompía jóvenes, seducía inocentes, los vendía a sus cómplices. Cuando murió, el 25 de octubre de 1913, en su habitación de casa Marcelo, se encontró una gran colección de cartas y fotografías obscenas.



Escrito en los últimos años de vida, *Il Desiderio e la ricerca del tutto* (Longanesi, traducción de Bruno Oddera) es la única obra maestra de Frederick Rolfe: de una maravillosa libertad, riqueza, vastedad de ecos y profundidad simbólica. Como en el Adriano VII, hay muchas páginas inspiradas en el rencor y la manía de persecución: es necesario recortarlas con la mente, abolirlas, olvidarlas, dejando transpirar el luminoso “deseo del todo” y la tiernísima “búsqueda”. Lo singular es que en el periodo más abierto de la vida de Rolfe haya generado este libro profundamente puro, nacido de un aliento platónico. Recordemos una frase de Kafka: “Ninguno canta más puramente que aquellos que habitan en el más profundo de los infiernos: aquello que tomamos por el canto de los ángeles es su canto”.

Nacido bajo la constelación de cáncer, Nicholas Crabbe, la nueva contrafigura de Rolfe, era un cangrejo: durísimo por fuera, con su fría y desconcertante coraza y las tenazas listas a cerrarse, y a aferrar y herir a los otros; y, dentro, mórbido, tierno, dulce, una red de ramificaciones nerviosas más finas y sutiles que la de una telaraña, y más dolorosas al contacto de la carne viva. Como en el mito platónico del Simposio, el buscaba la propia mitad: la mitad perdida, la arrancada de él en una vida anterior. Esperaba al otro: el divino amigo, el David de su Goliat, el Patroclo de su Aquiles, la Eva de su Adán y, en torno, la patria, la familia, la amistad, la casa, el mundo finalmente recuperado. “Del todo abierto -escribe Rolfe- era su corazón, y extendidos los brazos, y desnudo el pecho, mientras con cada fibra del cuerpo y del alma bramaba, inflamado del ávido deseo de unirse al compañero que junto a él habría formado el Uno, al fundirse y disolverse en él”. El amor, mudo en Adriano VII, renació; y se cumplía y alcanzaba la propia cumbre.

Entre los restos de un pueblo calabrese destruido por un terremoto, Nicholas Crabbe salvó a una muchacha adolescente, Zilda, casi asexual, blanco como leche y miel, con espesos y cortos cabellos castaño claro, ojos verde azulados, un rostro inexpresivo, sin pasiones, cándido e inocente. Zilda era el andrógino del mito y de la literatura. Reunía el misterio, la tranquilidad y la robustez del gato, el esplendor de la estatua griega de oro y marfil, la suavidad de la virgen rafaelesca con los rubores y palideces de su ligera piel de miel. Crabbe adoptó a Zilda como hijo, gondolero y esclavo: su naturaleza homosexual lo impulsaba a amar en el otro al muchacho, ocultando sus rasgos femeninos; Zilda debía convertirse en la más dócil de las ceras, enteramente modelada y plasmada por sus manos.

La parte final del *Desiderio* repite la suerte de Frederick Rolfe. Sin un lecho, sin una lira, con un pan viejo de tres céntimos en el bolsillo. Nicholas Crabbe caminaba por las calles y los puentes de Venezia: caminaba sin rumbo toda la noche, bajo la lluvia y la nevisca, mientras en el cielo castaño resonaban las horas. Si se tendía sobre la playa abierta del Lido, una hora bastaba para impregnar sus huesos de escarcha. Durante el día vagabundeaba de una iglesia en otra: o delirando lleva flores a las tumbas del Camposanto. Después de ocho días sin comer y cinco sin dormir, solo el agua lograba saciarlo. Si bien su cuerpo desmejora y la mente languidece, presentaba todavía al mundo un rostro desdeñoso y ofensivo.

En estos capítulos conclusivos, donde alienta la *imitatio Christi*, la abyección de Rolfe se transforma en una extraordinaria nobleza poética y moral. Así el libro conoce un encanto negado hasta el final a su autor. Nicholas Crabbe logra alcanzar la estancia cálida y fragante, el nido de amor de Zilda, y encuentra en él a la mujer que había rechazado conocer. Las dos mitades separadas se abrazan. “Oh mía, querida mía, mi querido, te he buscado toda la vida”. Los labios se funden y los ojos miran a los largamente. Los pechos se aprietan y un corazón bate sobre el otro. Las mitades, que se han encontrado, se disuelven una en la otra.

La otra gran criatura amada e idolatrada, la criatura en la cual fundirse y disolverse nos parece una unión natural e imposible, es Venezia: esta Venezia de canales cerrados y mar abierto, de techos y de terrazas, esta Venezia de barcas ligeras y veloces, de la cual todos conocemos las horas, los colores, los perfumes, las lluvias, las nieves, las noches, los veranos sofocantes y los clamorosos días primaverales. Alguna vez reencontramos los crepúsculos, las lavandas y las lunas muertas de Turner y de Ruskin. Pero es solo una nota. La Venezia de Rolfe es todavía la Venezia antigua, paralizada en el tiempo, radiante, vital, triunfal, azul y violeta. La ciudad de Tiziano y de Veronese, que aparece por última vez a un hombre que está por hundirse en la muerte.

Cursillo de orientación ideológica para García Márquez

Fernando Vallejo

Hombre Gabo: te voy a contar historias de Cuba porque aunque no me creas yo también he estado ahí: dos veces. Dos vececitas nomás, y separadas por diez años, pero que me dan el derecho a decir, a opinar, a pontificar, que es lo que me gusta a mí, aunque por lo pronto solo te voy a hablar ex cátedra, no como persona infalible que es lo que suelo ser. Así que podés hacerme caso o no, creerme o no, verme o no. Si bien el águila, como su nombre lo indica, tiene ojo de águila, cuando vuela alto se traiciona y no ve los gusanos de la tierra. Eso sí lo tengo yo muy claro.

Llegué a Cuba la primera vez con inmunidad diplomática, en gira oficial arrimado a una compañía de cómicos mexicanos que protegía el presidente de México, protector a su vez de Cuba, Luis Echeverría. No sé si lo conocés. Con él nunca te he visto retratado. Retratado en el periódico te he visto con Fidelito Castro, Felipito González, Cesarito Gaviria, Miguelito de la Madrid, Carlitos Andrés Pérez, Carlitos Salinas de G., Ernestico Samper. Caballeros todos a carta cabal, sin cuentas en Suiza ni con la ley, por encima de toda duda. ¿Con el Papa también? Eso sí no sé, ya no me acuerdo, me está entrando el mal de Alzheimer. Sé que le tenías puesto el ojo, tu ojo de águila, a Luis Donaldo Colosio, pero te lo mataron. Me acuerdo muy bien de que cuando lo destaparon (cuando lo destapó tu pequeño amigo Carlitos Salinas de G. para que lo sucediera en su puesto, la presidencia de México, supremo bien) madrugaste a felicitarlo. Le diste, como quien dice (como se dice en México) “un madrugón”.

-¿Y qué hace usted, Gabo, en casa del licenciado Colosio tan temprano? ¿Es que es amigo de él? -te preguntaban los reporteros curiosos.

-No -les contestaste-. Pero voy a ser. Tenemos muchas afinidades los dos.

-¿Como cuáles?

-Como el gusto por las rancheras. Nos encantan a los dos. Por eso madrugué hoy a cantarle “Las mañanitas”.

Gabo: estuviste genial. Me sentí en México tan orgulloso de vos y de ser colombiano...

Donde sí no te vi fue en el entierro de Colosio cuando lo mataron (cuando lo mató el que lo destapó, vos ya sabés quién porque era tu amigacho). E hiciste bien. No hay que perder el tiempo con muertos. Que los muertos entierren a sus muertos, y que se los coman los gusanos, y que les canten “Las mañanitas” sus putas madres.

¿Pero por qué te estoy contando a vos esto, tu propia vida, que vos conocés tan bien? ¿Narrándole yo, un pobre autor de primera persona, a un narrador omnisciente de tercera persona su propia vida? ¿Eso no es el colmo de los colmos? No, Gabito: es que yo soy biógrafo de vocación, escarbador de vidas ajenas, y te vengo siguiendo la pista de periódico en periódico, de país en país y de foto en foto en el curso de todos estos largos años por devoción y admiración. Tu vida me la sé al dedillo, pero ay, desde fuera, no desde dentro porque no soy narrador de tercera persona y no leo, como vos, los pensamientos. Vos me llevás a mí en esto mucha ventaja desde que descubriste a Faulkner, la tercera persona, el hielo y el imán.

Y a propósito de hielo. Ahora me acuerdo de que te vi también en el periódico con Clinton en una fiesta en palacio, en México, “rompiendo el hielo”, como les explicaste a los periodistas cuando te preguntaron y les contestaste con esa expresión genial. Vos de hielo sí sabés más que nadie y tenés autoridad para hablar. ¿En qué idioma hablaste con Clinton, Gabito? ¿En inglés? ¿O le hablaste en español cubano? Ese Clinton en mexicano es un verdadero “mamón”, que se traduce al colombiano como una persona “inmamable”. Ay, esta América Latina nuestra es una colcha de retazos lingüísticos. Por eso estamos como estamos. Por eso el imperialismo yanqui nos tiene puesta la bota encima, por nuestra desunión. Si vos vas de palacio en palacio –del de Nariño al de Miraflores, del de Miraflores a Los Pinos, de Los Pinos a La Moncloa–, lo que estás haciendo es unirnos. Vos en el fondo no sos más que un sueño bolivariano. Gracias, Gabo, te las doy muy efusivas en nombre de este continente y muy en especial de Colombia. Sé que ahora andás muy oficioso entre Pastrana y la guerrilla rompiendo el hielo. Vas a ver que lo vas a romper. Bueno, te decía que he estado dos veces en Cuba y que me fue muy bien. En la primera me conseguí un muchacho esplendoroso, y te paso a detallar enseguida una de las más grandes hazañas de mi vida: cómo lo metí al hotel. Pero te lo presento primero en la calle vestido para que le quitemos después la ropa prenda a prenda en la intimidad del cuarto: de dieciséis tiernos añitos, de ojos verdes, morenito, con una sexualidad que no le cabía en los pantalones, lo que se dice una alucinación. Sus ojos verdes deslumbrantes se fijaron en los pobres ojos míos apagados, y la chispa de sus ojos viéndome incendió el aire. ¡Uy, Gabo, qué incendio, qué inmenso incendio en Cuba, el incendio del amor! Menos mal que medio lo apagamos después en el cuarto, porque si no, les quemamos los cañaverales y listo, se acabó la zafra.

-¿Cómo te llamas, niño? -le pregunté.

-Jesús -me contestó.

Se llamaba como el Redentor.

-¿Y qué podemos hacer a estas alturas de mi vida y a estas horas de la noche? -le pregunté.

-Hacemos lo que tú quieras -me contestó.

-Entonces vamos a mi hotel.

-Aquí los cubanos no podemos ir a ninguna playa ni entrar a ningún hotel -me explicó-. Pero caminemos que esos que vienen ahí son de la Seguridad del Estado, y además nos están viendo desde aquel Comité de Defensa de la Revolución.

-¿Y de quién la están defendiendo?

-No sé.

La estarán defendiendo, Gabo, de los pájaros. Vos me entendés porque vos sos un águila.

Los dos pájaros o maricas seguimos caminando, y caminando, caminando, llegamos a los prados del Hotel Nacional. Era el único sitio solitario en toda La Habana. A mi hotel, el Habana Libre, ex Hotel Hilton (que construyó Batista pues la revolución no ha construido nada), era imposible entrar con Jesús: el hall era un hervidero de ojos y oídos espiándonos. El estalinismo, ya sabés Gabito, que es lo que procede montar en estos casos: si al pueblo se le deja libre acaba hasta con el nido de la perra y de paso con la revolución.

Ese Hotel Nacional de esa noche era irreal, alucinante, palpitaba como un espejismo del pasado. Ardiendo sus luces como debieron de haber ardido las luces de la mansión de El Cabrero, la que tenía Núñez en Cartagena, hace cien años, con su esposa doña Soledad. Pensé en Casablanca, la de Marruecos, y en el ladrón de Bagdad. Y entonces, de súbito, como si un relámpago en la inmensa noche oceánica me iluminara el alma, entendí que Castro, el tirano, había logrado lo que nadie, el milagro: había detenido el tiempo.

En los marchitos barrios de Miramar y de El Vedado, en los ruinosos portales, en el malecón, el monstruo había detenido a Cuba en un instante exacto de la eternidad. Entonces pude volver a los años cincuenta y a ser un niño. Nos sentamos en un altico de los prados, cerca de unas luces fantasmagóricas y un matorral. El mar rugía abajo y las olas se rompían contra el malecón. Tomé la cara de Jesús en mis manos y él tomo la mía en las suyas y lo fui acercando y él me fue acercando y sus labios se juntaron con los míos y sentí sus dientes contra los míos y su saliva y la mía no alcanzaban a apagar el incendio que nos estaba quemando. Entonces surgió de detrás del matorral un soldadito apuntándonos con un fusil.

-¿Qué hacés, niño, con ese juguete? -le increpé-. Apuntá para otro lado, no se te vaya a soltar una bala y acabés de un solo tiro con la literatura colombiana.

Fijate, Gabo, que no le dije: "Qué haces, niño" o "Apunta para otro lado" sino "Qué hacés" y "Apuntá", con el acento agudo del vos antioqueño que es el que me sale cuando yo soy más yo, cuando no miento, cuando soy absolutamente verdadero. ¡El susto que se pegó el soldadito oyéndome hablar antioqueño! Hacé de cuenta que hubiera visto a la Muerte en pelota. O que hubiera visto en pelota al hermano de Fidel, a Raúl, el maricón.

-No te preocupes, que anotó mal mi apellido -me dijo Jesús.

Y en efecto, el apellido de Jesús es más bien raro, y Jesús vio que el soldadito lo escribió equivocado.

¿Y cuál es el apellido de Jesús? Hombre Gabo, eso sí no te lo digo a vos porque estando como estamos en este artículo en Cuba desconfío de tu carácter. No te vaya a dar por ir a denunciar a mi muchachito ante la Seguridad del Estado o ante algún Comité de Defensa de la Revolución.

Anotado que hubo el nombre de Jesús en la libretica con su arrevesada y sensual letra, como había aparecido, por la magia de Aladino, desapareció. ¿Pero sabés también qué pensé cuando el soldadito nos estaba apuntando? Pensé: ¿y si la misa de dos padres la concelebráramos los tres? *Un ménage à trois, une messe à trois pour la plus grande gloire du Créateur?* Pero no, no se pudo, no pudo ser.

Se fue pues el soldadito, se nos bajó la erección, y echó a correr otra vez el tiempo, la tibia noche habanera.

-Jesús, esto no se queda así. Si no me acuesto contigo esta noche me puedo morir.

-Yo también me puedo morir -me contestó.

Estando pues como estábamos en grave riesgo de muerte los dos, determinamos irnos a mi hotel, al Habana Libre, a ver qué pasaba. Yo tenía una camisa rojita de cuadros y él una gris descolorida, hacía de cuenta como de la China de Mao. En el baño del hall del Habana Libre las intercambiamos: yo me puse la suya vieja, gastada, comunista; y él la mía nueva, reluciente, capitalista. Mi gafete del hotel se lo puse a Jesús en lo más visible, en el bolsillo de la camisa, y yo me quedé sin nada. Cruzamos el hall de los espías y entramos al ascensor de los esbirros. Dos esbirros del tirano operaban el ascensor y nos escrutaron con sus fríos ojos. Jesús con mi camisa reluciente de prestigios extranjeros y mi gafete no despertaba sospechas. Yo con mi camisa cubana y sin gafete era el que las despertaba. ¿Pues sabés, Gabito, qué me puse a hacer mientras subía el ascensor para despistarlos? ¡A cantar el himno nacional! El mío, el tuyo, el de Colombia, en Cuba. ¿Te imaginás? "Oh gloria inmarcesible, oh júbilo inmortal, en surcos de dolores el bien germina ya". ¡Gloria y júbilo los míos, carajo, me volvió la erección! ¡Nos volvió la erección! Y así, impedidos, caminando a tropezones, recorrimos un pasillo atestado de visitantes rusos y de cancerberos cubanos. Los rusos cocinaban en unas hornillas de carbón, con las que habían vuelto al viejo Hilton un chiquero, un muladar. ¡Qué alfombras tan manchadas, tan quemadas, tan desastrosas! Ni las del Congreso de Colombia. ¡Y las cortinas, Gabo, las cortinas! La guía nuestra, una muchacha bonita, se había hecho un vestido de noche con un par de ellas. Pero para qué te cuento lo que ya sabés, vos que habés vivido allá tantos años y con tantas penurias.

Con la erección formidable y al borde de la eyaculación entramos Jesús y yo a mi cuarto. Las cárceles a mí, y por lo visto también a Jesús, me despiertan los bajos instintos, y me desencadenan una libido jesuítica, frenética, salesiana. Pero pasá, Gabito, pasá con nosotros al cuarto que vos sos novelista omnisciente de tercera persona y podés entrar donde querás y ver lo que querás y saber lo que querás, vos sos como Dios Padre o la KGB. Pasá, pasá.

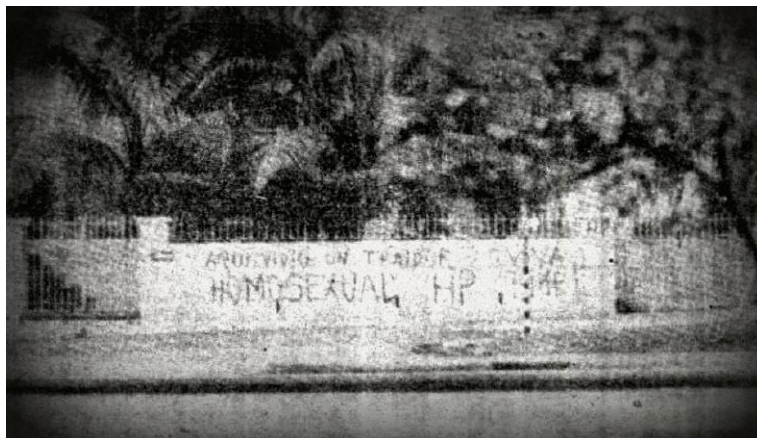
Pasamos al cuarto, y sin alcanzar a llegar a la cama rodamos por el suelo, por la raída alfombra, como animales. ¡Uy, Gabito, qué frenesí! ¡Qué espectáculo para el Todopoderoso, qué porquerías no hicimos! Por la quinta eyaculación paramos el asunto y entramos en un delirio de amor. Salimos al balconcito, y con el mar abajo rompiéndose enfurecido contra el malecón, y con la noche enfrente ardiendo de cocuyos, y con el tiempo otra vez detenido por dondequiera, atascado, empantanado, nos pusimos a reírnos de los esbirros del tirano, y del tirano, y de sus putas barbas, y de su puta voz de energúmeno y de

loco, y de todos los lambeculos aduladores suyos como vos, y riéndonos, riéndonos de él, de vos, empezamos a llorar de dicha y luego a llorar de rabia y ahora que vuelvo a recordar a Jesús después de tantísimos años me vuelve a rebotar el corazón en el pecho dándome tumbos rabiosos como los que daban esa noche las olas rompiéndose contra el malecón.

Pero te evito, Gabo, mi segundo viaje a La Habana, mi regreso por fin al cabo de diez años en los que no dejé nunca de soñar con él, con Jesús, mi niño, mi muchachito, y el desenlace: cómo la revolución lo había convertido en una ruina humana. Ya no te cuento más, no tiene caso, vos sos novelista omnisciente y de la Seguridad del Estado y todo lo sabés y lo ves, como veía la Santa Inquisición a los amantes copulando *per angostam viam* en la cama: los veía la susodicha en el lecho desde el techo por un huequito.



Documentos de homofobia



Rehabilitación Social. Reeducción de Delincuentes. Granjas Agropecuarias de Rehabilitación Penal del Ministerio del Interior. Creación.

RESOLUCION NUM. 934 DE 16 DE MARZO DE 1962

(G. O. No. 55, del 20)

Por cuanto: Entre las tareas asignadas por el Gobierno Revolucionario al Ministerio del Interior, se encuentra la de rehabilitar y reeducar a aquellas personas que hayan cometido o cometan delitos contra los intereses del pueblo o de las personas.

Por cuanto: El trabajo es un medio eficaz para transformar a los sancionados por errores y violaciones cometidas, propiciando que los mismos reconozcan y rectifiquen dichas faltas honestamente, adquiriendo el hábito de trabajo y la capacitación para desempeñar debidamente su puesto en la nueva sociedad socialista que surge.

Por cuanto: Es deber de todo ciudadano contribuir al desarrollo de la producción nacional al objeto de cumplir las metas señaladas para el abastecimiento del país.

Por tanto: En uso de las facultades que me están conferidas por la Ley,

Resuelvo:

Primero: Crear el organismo denominado "Granjas Agropecuarias de Rehabilitación Penal del Mi-

nisterio del Interior", al objeto de producir el auto-abastecimiento de la población penal por el trabajo de los individuos sancionados por los Tribunales o sujetos a medidas de seguridad.

Segundo: Dicho organismo tendrá como funciones, promover la rehabilitación y reeducación en su caso de las personas a que se refiere el artículo anterior, con el propósito de que adquieran hábito de trabajo y capacitación suficiente para reintegrarse al medio social y contribuir al incremento de la producción agropecuaria del país.

Tercero: Designar a los señores José Sanjurjo Gómez, Director General de Centros Penitenciarios, Domingo Estopiñán Ramírez, Director General de Finanzas y Contabilidad, y al Capitán Vicente Perera Cardoso, para que asuman la dirección, orientación y administración de la institución que por la presente se crea, con todas las facultades propias que corresponda a los fines propuestos.

Cuarto: El funcionamiento del organismo "Grandes Agropecuarias de Rehabilitación Penal del Ministerio del Interior" se regirá por las Resoluciones y disposiciones que dicte el Ministerio del Interior y el Consejo Superior de Defensa Social.

Quinto: Notifíquese esta Resolución a los interesados y a cuantas personas jurídicas o naturales proceda.

Publíquese en la "Gaceta Oficial" de la República, para general conocimiento.

**Dirección General de Orden Público.
Departamento de Prevención y Seguridad Social. Sección de Erradicación de Lacras Sociales. Sección de Asuntos Generales.
Creación.**

**RESOLUCION NUM. 1001 DE 27 DE MARZO
DE 1962**

(G. O. No. 66, de Abril 4)

Por cuanto: La Ley No. 940, de fecha 6 de junio de 1961, creó el Ministerio del Interior, como Organismo del Poder Ejecutivo de la Nación con las atribuciones, deberes y fines que se determinan en dicha Ley.

Por cuanto: Por Decreto No. 3007, de 6 de junio de 1961, se designa al que resuelve Ministro del Interior.

Por cuanto: Se hace necesario crear el Departamento de Prevención y Seguridad Social; la Sección de Erradicación de Lacras Sociales; y la Sección de Asuntos Generales, adscriptos a la Dirección de Orden Público, del Ministerio del Interior.

Por tanto: En uso de las facultades de que estoy investido,

Resuelvo:

Primero: Crear el Departamento de Prevención y Seguridad Social; la Sección de Erradicación de La-

cras Sociales; y la Sección de Asuntos Generales, adscriptos a la Dirección General de Orden Público, del Ministerio del Interior, con las facultades y funciones que le serán asignadas por dicha Dirección.

Segundo: Notifíquese esta Resolución a todas las personas y dependencias del Ministerio que proceda.

Tercera: Se derogan cuantas Resoluciones, actos y disposiciones se opongan a la presente.

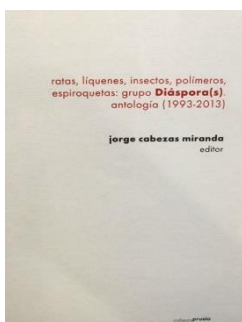
Publíquese en la "Gaceta Oficial" de la República, para general conocimiento.



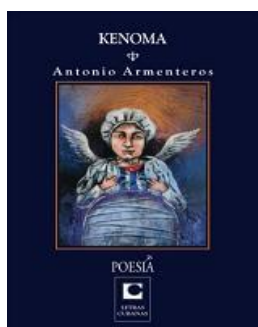
Libros que han llegado a esta redacción:



El Imperio Oblomov, la esperada novela de Carlos A. Aguilera, editada por Renacimiento. Una prosa fluida, imparable, a ratos insolente; y un delirio ficcionado en el que se juega con todo: historia, razas, genealogías, etc., a fin de construir Eslavia. Una corte de tuertos, mancos, enanos, caballos y psicólogos que no tienen desperdicios. Todos atravesados por un mismo tics y un mismo sometimiento: ante Oblomov, ante el Gran Paranoico.



Ratas, líquenes, insectos, polímeros, espiroquetas: grupo Diáspora(s). Antología (1993-2013); CabezaPrusia (Puebla, México, 2014). Muestra del trabajo poético y ficcional de quienes integraran el Grupo de Escritura Alterativa Diáspora(s): Rolando Sánchez Mejías, Carlos A. Aguilera, Ricardo A. Pérez, Rogelio Saunders, José Manuel Prieto, Ismael González Castañer, Radamés Molina y Pedro Marqués de Armas; la antología incluye además textos escritos por estos autores durante la última década. Edición y presentación a cargo de Jorge Cabezas, cuenta con un excelente prólogo del narrador mexicano Gabriel Wolfson, quien sitúa a Diásporas en el contexto más amplio de las vanguardias en Latinoamérica.



Kenoma. Último poemario de Antonio Armenteros, nos entrega una vez más ese tono reflexivo, mordaz y a veces nostálgico que marca casi toda su obra, con ese equilibrio tan suyo entre “hechos de vida” y experiencia literaria. Cerca de cuarenta poemas que de algún modo indagan en una realidad marcada por el hastío, la incomunicación y el absurdo.

Oscar Cruz

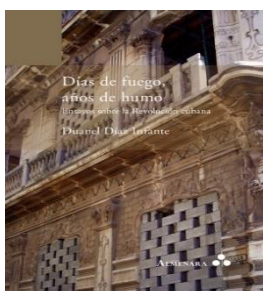
La Maestranza



La Maestranza. Desafiante, directa, la poesía de Oscar Cruz apunta contra los altarcitos institucionales, culturales y poéticos de la isla. A menudo crudo, cuando no abyecto, una suerte de pugilato contra-cívico recorre casi todo el cuaderno, que se presenta, además, como declaración de guerra; se entiende, contra otros poetas. (*Unión*, La Habana, 2013).



Otros campos de belleza armada (Ediciones Matanzas, 2014). Último libro de Reinaldo García Blanco, el autor revisita y consolida su experiencia, jugando con el tono y reescribiendo irónicamente, en algunos poemas, los mitos y el legado de la poesía latinoamericana, que tanto influyera en Cuba en los sesenta y setenta.



Días de fuego, años de humo. Ensayos sobre la Revolución cubana (Almenara, 2014). “Siempre la Revolución; su decurso fatal desde la fiesta nacionalista de los primeros días hasta la melancólica incertidumbre de los actuales”, el más reciente libro de Duanel Díaz Infante reúne ensayos originalmente publicados en *Diario de Cuba*, *Encuentro en la Red*, *La Habana Elegante*, e incluso en esta publicación. Corregidos y aumentados, conforman, juntos a textos inéditos, otro inestimable aporte de uno de los mejores ensayistas cubanos.

Referencias

Agustín Espinosa (1897-1939). Poeta y prosista canario. Medio surrealista, obsesionado con el crimen, uno de los más interesantes de la vanguardia española. Entre sus libros: *Lancelot 28º. 7º* (1928), *Crimen* (1934) y *Media hora jugando a los dados*. “Triálogo del muerto” fue publicado originalmente en *La Gaceta Literaria* (1930) y reproduce aquí según esa versión.

Miguel Ángel de la Torre (1884-1930). Uno de los mejores cronistas de su tiempo. En 1965 se recogió en un volumen titulado *Prosas mínimas* una parte de su obra, en gran medida dispersa y olvidada. “El antecesor” es su mejor cuento y uno de los más raros de la literatura cubana.

Nathalie Quintane (París, 1964). Poeta francesa. “Mongoles” es un fragmento de *una americana*, ficción escritural, performativa, traducida por Octavio Moreno Cabrera y recientemente publicada por el sello editorial CabezaPrusia, México. Otros libros suyos: *Remarques, Chaussure, Jeanne Darc y Saint-Tropez*.

Idalia Morejón (Santa Clara, 1965). Poeta y ensayista. Profesora de Literatura Hispano-Americana. Autora de *Política y polémica en América Latina. Las revistas Casa de las Américas y Mundo Nuevo* (Cultura, México DF, 2010) y *Una artista del hombre* (Linkgua, Barcelona, 2012).

Carlos A. Aguilera (La Habana, 1970). Poeta y narrador. Entre sus libros: *Discurso de la madre muerta* (Teatro, 2012), *Teoría del alma china* (Relatos, 2006), *Das Kapital* (Poesía, 1999) y *Retrato de A. Hooper y su esposa* (Poesía, 1996). El texto incluido pertenece a su más reciente libro, la novela *El Imperio Oblomov* (Renacimiento, 2014).

Pier Paolo Pasolini (1922-1955). Escritor, poeta, cineasta italiano. “El llanto de la excavadora” (*Le ceneri di Gramsci*, Poemetti, 1956) es uno de sus poemas más significativos. Ver original en italiano: pasolini.htm.

Pietro Citati (Florencia, 1930). Escritor y ensayista. Autor de *Goethe* (1970), *Tolstoi* (1983), *Kafka* (1987), *Leopardi* (2011) y *El mal absoluto* (2000), entre otros títulos. “Barón Corvo: Ensayista blasfemo y aspirante a Papa” apareció en *El Corriere della Sera*, el 14 de mayo de 2014.

Fernando Vallejo (Medellín, 1942). Escritor y cineasta. Entre sus libros destacan *La Virgen de los sicarios* (Novela, 1994), *El desbarrancadero* (Novela, 2001), *La rambla paralela* (Novela, 2002), *La puta de Babilonia* (Ensayos, 2007) y *El Mensajero. Biografía de Porfirio Barba Jacob* (1991).

Imagen de cubierta: Ciclón de 1926, La Habana.



POTEMKIN EDICIONES

PROYECTO A CARGO DE DOLORES
LABARCENA Y PEDRO MARQUÉS DE
ARMAS